

EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.


SUMARIO.

EXTO.—El Monte de Boadilla. III, por X.—La dalia. Imitació, por D. G. R.—L' arpa muda. (De Becquer,) por D. M. O. B.—A unas niñas al representar los «pastorells,» por Elío.—(***) por D. R. Hernandez y Bermudez.—El torrente, por D. L. Salazar del Valle.—Al mirar tus ojos, por D. J. Valera.—Arrobamiento, por don M. del Todo y Herrero.—Epitafios, por el mismo autor.

GRABADO.—Celebridades contemporáneas. D. Francisco Pradilla

EL MONTE DE BOADILLA.

III.



la mañana siguiente, casi al amanecer, entraba con precipitación en su cuarto D. Francisco; y después de haber escuchado atentamente si sus pasos hacían algún ruido en la casa, cerró la puerta, y fué á sentarse delante de la chimenea á donde ardían algunos tizones. Apoyó la cabeza en sus manos; y sus descompuestas facciones, sus cabellos en desórden, daban á entender que había pasado la noche en alguna de esas partes donde el alma sufre una deshecha borrasca. Meditaba que le era preciso pagar dentro de muy pocas horas cuatro mil duros; que hacía un instante que los había tenido casi doblados, que ahora le hacían falta, y que si bubiese tenido suerte cinco minutos más estaba salvado... empero que todo lo había perdido sobre aquella fatal carta en que había puesto su dinero como si hubiese puesto su vida. Levantóse, y á grandes pasos andando por su cuarto agitado, recordaba que hacía pocos instantes había encontrado al paso un hombre que llevaba al hombro unos talegos... eran dinero... lo había oído sonar... ¡Imprudente, de llevar así dinero

á aquella hora!... Si él hubiese creído... hubiera cometido otro crimen... y un crimen estéril tal vez como el primero. Parándose después, se decía asimismo: que pues que el mal estaba hecho, era preciso que se aprovechase. Si; hacía un año, un año... y después de este tiempo los crímenes se olvidan; el tiempo los borra... fué, pues, á mirar por centésima vez. Entró en su alcoba, y salió de ella con un paquete de billetes de banco. Después de haber escuchado atentamente á la puerta, se cercioró de que no había ningún ruido en la casa. Colocóse entonces con los billetes cerca de la chimenea; los examinó uno á uno, y los situó cerca de la luz, pasándoles los dedos por encima. Tranquilizóse un momento, y díjose á sí mismo con amargura si no era bastante rico para poder pagar los cuatro mil duros que debía. La córtadura no se vé: se necesitarían ojos de lince... nadie sabe además que han sido taladrados... porque la cartera la había ocultado en el bosque, y la había enterrado cuidadosamente con hojas y tierra; se había sabido el crimen, y nada más... pero la terrible circunstancia que lo había hecho inútil hasta ahora la ignoraba todo el mundo. ¿Qué apariencia podía haber de que sospechase nadie del tenedor de aquellos billetes? Fué situando todos los demás delante de la luz, y siempre se le veía una manchita de sangre. Desesperábase de que nada borra las manchas de sangre; temía que aquellas manchas pudiesen venderle. Arrojó los billetes sobre la mesa; se levantó, y se paseó acelerada é inquietamente. Miró la péndola, y vió que pronto serían las siete. Ya la luz del día penetraba en su aposento. Apagó la lámpara, y se preparó para aguardar á aquel hombre funesto que iba á venir. A poco tiempo sintió pasos en la escalera. Tomando entonces decididamente una resolución, se propuso pagar con aquellos billetes... porque si no pagaba lo perdía todo; y si pagaba una inmensa

fortuna le esperaba, y montones de oro para jugar.

Muy pronto llamaron á la puerta de su cuarto.

Cogió entonces precipitadamente los billetes: los metió en su bolsillo, y salió á abrir.

En efecto, era Gonzalez, que entró en su cuarto, y á quien le dijo:

—Venga ese pagaré.

Buscólo Gonzalez en el bolsillo; y le dijo:

—¡Ya sabia yo que haría vd. honor á su firma! ¡Cáspita! ¡Un hombre que va á ser millonario!

Don Francisco alargó la mano á Gonzalez, el que no viendo en ella billetes de banco, retiró su pagaré con desconfianza.

Don Francisco se los presentó entonces, y con una recíproca desconfianza cambiaron los papeles.

—Contad, contad, le dijo con impaciencia febril D. Francisco, y despachaos, porque estoy muy de prisa.

—Ya lo creo: en este dia siempre hay mucho que hacer.

Contando Gonzalez y examinando los billetes, le dijo:

—Aquí hay una mancha...

Estremecióse don Francisco.

—Será sin duda de tinta, continuó; tinta un poco clara.... ó tinta encarnada....

Don Francisco volvió á estremecerse todavía, y á manifestar su impaciencia.

—No importa nada, continuó Gonzalez; ya quisiera yo tener un millon como estos.

Echándose despues á reir, continuó:

—¡Toma! pues este está atravesado por el medio.... está compuesto, pero se vé bien.... no parece sino que ha tenido un desafío, y que ha recibido una estocada.

Don Francisco, con una inquietud y una impaciencia cada vez mayor, le dió prisa para que terminase.

Siguió Gonzalez contando y examinando los billetes, y le hizo observar que todos estaban exactamente lo mismo.

—Sin duda, le dijo habrán vertido algun frasquito de tinta encarnada sobre todo el paquete.

—Se los doy á vd. como los he recibido. Vamos, pronto, que tengo prisa.

—Permítame vd., no se reciben asi veinte billetes de banco sin mirarlos un poco.

Prosiguiendo su exámen reconció que todos estaban atravesados. Mirando entonces á don Francisco, le dijo:

—¿Sabe vd. que esto solo se puede explicar de una manera?

—¿Cuál? respondió con angustia D. Francisco.

—Que haya tenido el capricho alguna señora de la alta banca de ensartarlos como perlas y hacerse con ellos un collar. ¡Já, Já, Já!...

D. Francisco trató de esforzarse en sonreirse.

Gonzalez le entregó su pagaré, y se despidió.

Apenas quedó solo don Francisco, respiró cual si se le hubiese quitado de encima de su corazon el peso de una enorme montaña.

Inmediatamente arrojó al fuego el resto de los billetes, arrugándolos antes con cólera, y despues removié las cenizas con las tenazas.

Durante este tiempo entró el banquero Matallana en su cuarto. Volvióse de repente y con viveza al oír el ruido don Francisco, y dijo bruscamente y con una especie de temor:

—¿Quién va?

—Yo, amigo mio. ¿Le causo á vd. miedo?

—Nada de eso, contestó don Francisco reponiéndose: me estaba calentando.

—Ha hecho vd. lo que yo; ha madrugado... En eso se parece la felicidad á las pesadumbres, en que impiden dormir.

—Pero está vd. pálido, alterado....

Cortado y embarazado don Francisco procuró disculpar la situacion en que se hallaba con el temor de no ser bastante digno de la mano de la hermosa jóven con quien iba á enlazarse aquel mismo dia. El padre estuvo hablando un rato con él sobre los preparativos de boda, y despues se despidió dejándole tiempo para que se vistiese.

Habria pasado como media hora, cuando Calderon, que se hallaba en la mayor desesperacion y habia ocupado el tiempo en tomar noticias de la policía, adquirió la certidumbre de que aquel hombre, que era su rival, era un jugador á quien se veia habitualmente en las casas de juego, y que habia pasado en una de ellas la noche última. Habia tambien adquirido la noticia de que habia perdido catorce ó quince mil reales, y trató de dar el último golpe para desengañar á Matallana. Le habló y contó cuantas noticias tenia; pero éste, obcecado hasta el último punto, no veia en el generoso paso de Calderon mas que el despecho de un rival que perdía la muger que amaba. Trató, pues, Calderon de dirigirse personalmente á don Francisco.

Entró en su cuarto; y don Francisco se sorprendió y aterró á su vista.

—¿Se asusta vd. de verme? le dijo.

—Confieso, caballero, que despues de las es-
trañas acusaciones de que he sido objeto por
parte de vd., y despues del modo con que han
sido recibidas por el señor de Matallana podria
pedirle una satisfaccion á vd. por el papel que
representa, y hasta por su presencia aquí, de
la que desde ahora tengo derecho á ofenderme.

—Caballero, le contestó Calderon, no es un
papel el que yo represento, sino un deber el que
cumpló... Mi presencia aquí no tiene mas que
un solo objeto, el de proteger á una familia á
quien se quiere indignamente engañar, y el des-
enmascarar al impostor.

—¿Al impostor?

—Sí, vd. que va á casarse con una señorita
que no le ama.

—¿Qué sabe vd?

—No solamente no le ama á vd., prosiguió
Calderon con muchísima calma, sino que le
aborrece.

—No sé por qué.

—Vd. es un jugador.

—¿Caballero!

—Sí, un jugador.... un jugador desenfrena-
do.... no de esos jugadores elegantes que se ar-
ruinan alegremente á la luz del dia en los salones
al resplandor de cien bujías, sino un jugador
hipócrita y tenebroso... jugador de garitos...

—¿Caballero! gritó don Francisco con una
irritacion indecible.

Calderon, animándose por grados, le con-
testó:

—La noche última, la vispera del dia en que
ese desventurado padre va á entregarle á usted
su hija con confianza, vd. ha salido furtivamente
de la casa; se ha deslizado por la sombra como
un ladron ó un asesino...

A esta palabra se estremeció todo don Fran-
cisco, y con una terrible esplosion contestó:

—¿Miente vd!

—Un insulto era lo que yo aguardaba, y bas-
tante ha tardado. He creido que á la hipocresía
unia vd. la cobardía.

—Las armas de vd., caballero... el sitio y el
dia, dijo don Francisco con voz entrecortada.

—¿Olvida vd., contestó Calderon, que dentro
de algunas horas va vd. á casarse, y que el sa-
crificio estará consumado? Hoy; ahora mismo,
aquí debe dejar de existir uno de los dos.

(Se concluirá.)

LA DÁLIA.

IMITACIÓ.

Del hort que l' abril floria
Tots dosets anavem junts,
Y una dália ne cullires
De que 's prendaren tos ulls.

—¿Que no té perfum la dália!
Recort que 'm digueres tú.
Mon amor, odora aquesta
Uberta á l' auba d' avuy.—

Y 't responguí:—¿Suau aroma!
¿Cóm es axó? ¿No ho presums?
Com s' obri prop de la rosa
Prengué un poch de son perfum.

G. R.

1858.

L' ARPA MUDA.

(De *Becquer.*)

De son ámo olvidada tal volta,
A un recó, en lo més fosch de la sala,
Envellida, callada y pòsosa,
Estava l' Harpa.

¿Quántes veus en ses cordes dormían,
Com aucells adormits en la branca,
Esperant una ma blanca y fina
Que sab sonarles!

—¿Ay!,—vaig dir,—quántes voltes el Geni
Axí dorm, esperant á dins l' ànima
Qu' una veu, com á Llatzer, li diga:
«¿Desperta y alsa 't!»

M. O. B.

A UNAS NIÑAS

AL REPRESENTAR LOS «PASTORELLS.»

Perdonad si torpe lira
Tiende á vosotras el vuelo,
Cuando vuestro ingenio mira
Entre cántico que inspira,
Y entre imágenes del cielo.

CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS.



D. FRANCISCO PRADILLA.

Cual un jardín delicioso,
Do escondido entre las flores
Canta el ruiseñor hermoso
Ese himno melodioso
De sus eternos amores.

Cual una purpúrea nube
Que el brillo del sol desvía
Y entre mil céfiros sube
Hacia el cielo, cual querube
Que vuela en pos de María.

Cual una nave ligera
Que va levantando bruma,
Y al paso que se acelera,
Le brinda el mar por do quiera
Un blanco lecho de espuma.

Cual paloma nacarada
Que saliendo de su nido,
Halla en las flores posada;
Y se siente acariciada,
Por el céfiro escondido.

Así sois, niñas hermosas,
De las miradas suaves;
Purpurinas cual las rosas
Inocentes y donosas
Como las canoras aves.

Y en el aula reünidas
Libres del viento que troncha
Sois cual perlas escondidas
Que se ven adormecidas
En el seno de una concha.

Elío.

Palma Febrero de 1881.

(***)

La noche estaba serena.

Los confusos rumores de la villa del Manzanares se repercutían en el éter cual vibraciones extrañas, y una inmensa y opaca claridad se vislumbraba en el espacio. Todo yacía en pavorosa calma. Los pájaros cansados de dar al viento sus melódicos trinos, dormían en las ramas de los árboles que bordan la calle de Alcalá, escondido el pico entre las vistosas alas, como esconde el

medroso niño su cabecita entre las finas sábanas de batista.

Solamente dos personas eran extrañas á esta belleza de las noches estivales.

En una elegante sala, donde el lujo más deslumbrador había sentado sus reales, estaban una mujer y un hombre conversando con una animación tal, que más parecían discutir un punto de trascendencia suma, que nimiedades propias de enamorados.

—Ya es hora de que te retires, Federico,—decía la jóven á su interlocutor.

—Ya veo que no me amas, Clotilde.... tus palabras son más elocuentes que todo cuanto pretendas alegar en favor de tu injusto proceder.

—Pero convéncete de que puede llegar mi marido y.... ya ves qué compromiso....

—Es temprano,—dijo Federico;—tu esposo no suele venir hasta las diez y son las nueve,—añadió consultando su reloj.

Después continuaron hablando de amor largo tiempo.

Clotilde era una hermosa jóven de unos veintidos años; morena cual una hija de Andalucía y esbelta como palmera africana. Sus padres la obligaron á casarse con don Segismundo de Ollalla Rinoceronte, señor muy respetable, de cincuenta años y de una no despreciable fortuna, no obstante hallarse la jóven en relaciones con Federico, su primo, abogado sin pleitos.

La niña se casó con el buen don Segismundo y vivía al parecer muy contenta, si bien el primito hacía milagros por que ella no se incomodase jamás.

A la hora en que les oímos conversar, disfrutaba de una felicidad inmensa, puesto que allí estaba el compañero de su juventud, de su adolescencia y de su mayor edad...

—¿No me olvidarás nunca?—decía ella.

—¡Jamás, Clotilde mía, ángel de mis ensueños, prenda de mi corazón!...

—¡Cuánta dicha!.. Quisiera estar siempre á tu lado.

—También yo lo quisiera,—contestó Federico besándola la mano.—También yo desearía aspirar el ambiente que tú aspiras, velar tu sueño, gozar con tus sonrisas, consolar tus penas y eternamente sumido en extática contemplación, admirar tu belleza, que eclipsa la de la Venus de Milo, esa hermosura peregrina que envidiarían los estatuarios griegos por oscurecer la belleza de sus grandiosas concepciones, talladas en mármoles del Penthélico....

—¡Clotilde!... ¡Clotilde!—grita don Segismundo desde fuera, interrumpiendo el poético panegírico del romántico Federico.

—¡Mi marido!... ¡Dios mío!...—exclama la aterrada esposa.

—¿Dónde me escondo?—interroga temblando Federico.

—¡Clotilde!... ¿Abres ó tiro la puerta?...—dice colérico el señor Olalla Rinoceronte.

—En la caja del reloj, en la caja.

—Es pequeña, me voy á asfixiar—dice Federico.

—Mi honor ante todo. ¡Pronto, pronto!

Federico, despues de grandes esfuerzos, consigue meterse en la caja, no sin que una pesa le levante un chíchon en la cabeza.

Clotilde entónces abre la puerta y don Segismundo entra en la habitacion como un rayo.

—¿Por qué no has abierto ántes?... ¿vamos á ver?...

—Pues... porque... ya... en... estaba... pues... —balbuceó Clotilde.

—Concluye, mujer. No te entiendo ni una palabra.

—Pues decia que... estaba dormida.

—No es posible, porque he oido ruido como si hablastes con alguien.

—Sería en el cuarto inmediato.

—He dicho que no; era aquí. Tú algo me ocultas.

—Absolutamente nada.

—Sí, ¡eh!... Veremos, veremos,—repuso incrédulamente Rinoceronte escudriñando todos los rincones de la estancia y en particular debajo de su cama. Pero no viendo en una ni en otra parte cosa que le llamase la atencion, dijo:

—Juraría que había oido la voz de un hombre!... ¡Ah!...—añadió dándose una palmada en la frente.

Y precipitándose hácia el antiquísimo reloj abrió la caja y... contempló al pobre Federico con los brazos caidos á lo largo del cuerpo, sudando, pálido, medio muerto, sin poder moverse.

—¡Miserable!—gritó el esposo con ira.—¿Qué hace usted ahí?...

—Yo... pero... mire usted...

—No miro nada. Conteste..., ó llamo á los guardias de órden público.

—Señor, si yo soy un infeliz...

—Nada, nada, ¿qué hace usted ahí... pronto ó... llamo á los guardias.

—Yo no he robado nada... soy... inocente...

—Bien, bien. Va la tercera vez, y por lo tanto no preguntaré más... ¿Qué hace usted ahí?...

—Pero, hombre, ¿no lo ve usted?... paseándome.

R. HERNANDEZ Y BERMUDEZ.

EL TORRENTE.

Caminaba distraído
Por un sendero escarpado,
Cuando percibí un ruido
Que cada vez más crecido
Me puso al fin en cuidado.
Salvé entónces diligente
Lo que de sendero había,
Y pude mirar enfrente,
Con triste melancolía,
Los estragos de un torrente.

El agua turbia rugía
Corriendo furiosa y loca;
De los montes descendía
Y al bajar se retorcia
Saltando de roca en roca.

Las ondas se atropellaban
Confundiendo sus espumas,
El hondo valle inundaban
Y al sol naciente eclipsaban
Con el vapor de sus brumas.

Las aguas tras sí arrastraron
Los árboles y las flores,
Y en ellas mustias flotaron
Las plantas que ántes gozaron
Una existencia de amores.

El hondo valle quedó
Por el torrente cubierto;
Mas cuando el tiempo pasó,
Hasta el agua se secó
Y no fué más que un desierto.

Arido y triste arenal
Que el caminante esquivaba,
Porque allí, para su mal,
Sólo el ronco vendaval
Con sus silbidos reinaba.

Mudo, mi vista aparte
De aquella desolacion,
En mí la calma busqué;
Pero hallé en mi corazon
Lo mismo que allí miré.

Y es que tambien el torrente
De las mundanas pasiones,

Arrastra entre su corriente
Las floridas ilusiones
Que forjamos en la mente.
Por eso la vista huí
De aquella desolacion,
Y al fijarla luégo en mí,
El mismo desierto ví
En mi propio corazon.

LUIS SALAZAR DEL VALLE.

Mayo 19 de 1870.

AL MIRAR TUS OJOS.

Sueño, al mirar tus ojos, que suspiro
En dura cárcel. Por estrecha reja
Cielos y montes enricados miro.
Un limpio lago su beldad refleja.

Flores, menuda hierba y bosque ameno
Forman el cerco del hermoso lago;
Ni ondas riza en su faz, ni da á su seno
Inquietud ó rumor el aire vago.

Aquel silencio, en soledad arcana,
A contemplar y á comprender incita
Césped, árboles, montes, flor temprana,
Ambiente claro y bóveda infinita.

Con difusos rubies y con oro
De los cerros el sol ciñe la frente;
Pero su oblicuo resplandor ignoro
Si emana del Ocaso ó del Oriente.

Tal vez al alba allí guarden cautiva
Benignas hadas entre lindas flores;
Allí tal vez perpetuamente viva
La lozana estacion de los amores.

Vuelvo á mirar tus ojos con profundo
Mirar, y el pensamiento se figura
Que el lago en su cristal retrata el mundo
Con más rara beldad, con luz más pura.

Todo mejor en su tranquilo espejo;
Más armónico todo y delicado.
Copia torpe es el mundo. Es el reflejo
De inasequible perfeccion dechado.

JUAN VALERA.

ARROBAMIENTO.

En las noches de estío,
Mirando al cielo,
Descollando entre todos
Se ve un lucero,
Que al que le mira
Sume en indefinible
Melancolía.
Al notar cuál fulgura
Su luz brillante,
De amor un pensamiento
La mente invade;
Y el que ama, piensa
Cómo amarán los ángeles
En la alta esfera.
Si atravesando un mundo
Lleno de espinas
Es el amor tan dulce,
¿Qué será arriba,
Donde la santa
Quietud eternamente
Disfruta el alma?
¡Ah si en la dolorosa
Vida del hombre,
Pudiera mitigarle
Tantos dolores
Un ángel bello,
Resplandeciente y puro
Como el lucero!...

EPITAFIOS.

I.

Murió la que aquí descansa,
Jóven, inocente y bella,
Con la palma... del martirio
Que le dió en vida su suegra.

II.

El que yace aquí debajo
Cometió muchos excesos,
El último aquí le trajo;
¡Se saltó sin gran trabajo
La cubierta de los sesos!

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.